

LA LITURGIA Y EL TIEMPO DE LA IGLESIA

INTRODUCCIÓN

“La liturgia es la cumbre a la que tiende la acción de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza”¹.

La afirmación hecha por el Concilio Vaticano II y recogida por el Catecismo de la Iglesia Católica revela a simple vista, sin necesidad de detenerse a descubrir todo su alcance, la importancia teológica que reviste la liturgia para la vida de la Iglesia, pues, constituye la mayor expresión de su acción. A su vez la afirmación deja en evidencia que la liturgia es una realidad sumamente rica y dinámica ya que se muestra, tanto como punto de llegada, como de arranque o motor de su obrar.

Pero ¿qué se puede decir de la liturgia? ¿qué se entiende por ella? Aun hoy, con todo el avance que ha significado para la comprensión de la liturgia, el Concilio y todo el Movimiento Litúrgico, la respuesta sigue siendo sumamente compleja y de no fácil acceso. O, mejor dicho, precisamente por ese avance, la comprensión de la liturgia ya no puede limitarse a ritos y ceremonias de la Iglesia por las cuales el hombre da culto a Dios, pues esto no es más que un aspecto de ella.

¿Por dónde comenzar entonces a ampliar esta visión? Según F. Arocena², para abordar el estudio de la liturgia no hay solo un camino, sino que son múltiples las posibilidades desde donde comenzar: la historia de la liturgia, una perspectiva antropológica, la experiencia cristiana, la categoría de historia de salvación, la sacramentalidad de la Iglesia, etc. El Concilio Vaticano II – en general la mayoría de los autores- ha optado por comenzar desde la categoría de *historia de la salvación*. El presente trabajo no se apartará del todo de ese camino, sin embargo, lo hará comenzando y haciendo hincapié en la noción de *sacramentalidad*, considerándola como una noción especialmente difícil de ser comprendida para el hombre de hoy.

Nuestra época se caracteriza por moverse dentro de categorías de pensamiento más bien pragmáticas, lo que es un obstáculo a la hora de comprender la liturgia considerando su fuerte connotación simbólica, no cuantificable e imperceptible:

"En una época en la que nos hemos habituado a ver solo lo material en la constitución de las cosas, en la que, dicho brevemente, el mundo se ve como materia y la materia como material, no hay en

¹ *Sacrosanctum Concilium* 10.

² F.M. AROCENA, *Teología Litúrgica. Una introducción*, 20 (nota pie de página).

principio lugar para esta transparencia simbólica de la realidad a lo eterno sobre lo que descansa el principio sacramental (...) la idea de sacramento presupone una comprensión simbólica del mundo, pero la comprensión actual del mundo funcional, ve las cosas solo como cosas, en función del trabajo y del rendimiento humano"³.

El mismo Arocena afirma que “solo captando en profundidad qué es la sacramentalidad de la historia de salvación, entenderemos bien la sacramentalidad de la liturgia”⁴. Y dada la profunda conexión entre la sacramentalidad de la Iglesia y la sacramentalidad de la historia, creemos que no sería errado también afirmar que captando la sacramentalidad de la Iglesia, entenderemos mejor en qué consiste la sacramentalidad de la liturgia. Es por este motivo que en esta aproximación a la inteligencia de la liturgia nos detendremos en la etapa de la historia de la salvación denominada "tiempo de la Iglesia" debido a que en esta etapa Cristo comunica su salvación a través de los sacramentos de la Iglesia.

Para el presente trabajo se ha considerado como fuente principal el Catecismo de la Iglesia Católica por ser este documento magisterial un acopio de las ideas principales del Concilio Vaticano II acerca de la liturgia, así como también -según la visión de algunos liturgistas- un despliegue aun mayor de sus ideas⁵. Pero no solo se acudirá a la segunda parte, “La celebración del misterio cristiano”, sino que también se tomará en cuenta algunos puntos de la primera, “La profesión de la fe”, especialmente los que tratan sobre la Iglesia y su dimensión sacramental. Es común encontrar en este documento del magisterio una forma de exposición en que un tema doctrinal depende totalmente, para ser comprendido, de otro anterior. Es el caso de la Iglesia y el Espíritu Santo⁶ o el de la Iglesia y la comunión de los santos⁷. De ahí que esté en consonancia con la manera propia que el mismo Catecismo ha utilizado en su pedagogía, intentar hacer más visible la dependencia en que se encuentra la comprensión de la liturgia con la realidad de la Iglesia desde su aspecto sacramental.

A pesar de que en el Catecismo no se echa en falta ninguna de las ideas centrales necesarias para la comprensión de la liturgia, se recurrirá a la obra de Félix María Arocena "Teología litúrgica. Una introducción", para explicar y ampliar los temas que el Catecismo presenta a veces de manera muy sucinta.

Finalmente, este trabajo tiene como finalidad poder colaborar, aunque sea mínimamente, en una mejor comprensión de la liturgia en nuestros días considerando el peligro que corre una de sus nociones

³ J. Ratzinger, *La fundamentación sacramental de la existencia humana. Obras Completas, Tomo XI Teología de la liturgia*, 139

⁴ F.M. Arocena, *Teología litúrgica. Una introducción*, 30

⁵ Cfr. J. Barros, *Actualidad del Catecismo de la Iglesia Católica a 25 años de su publicación*, apuntes.

⁶ En el número 749 el CCE dice: “El artículo sobre la Iglesia depende enteramente también del que le precede, sobre el Espíritu Santo”

⁷ En el número 946 explica: “Este artículo es, en cierto modo, una explicitación del anterior: ¿qué es la Iglesia, sino la asamblea de todos los santos?. La comunión de los santos ese precisamente la Iglesia”

básicas -la de sacramentalidad- en nuestra cultura actual por los motivos que ya se señaló, siguiendo la percepción de Ratzinger, sobre el pensamiento habituado a lo material propio de nuestra época.

1.- LA SACRAMENTALIDAD DE LA ECONOMÍA DIVINA

Los Padres de la Iglesia han distinguido la "Teología" de la "Economía", aludiendo con el primer término al misterio de la vida íntima de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo y con el segundo, las obras por la que el Dios Trino se revela en la historia del hombre, se comunica y manifiesta su vida⁸. Los autores contemporáneos hablan de Trinidad inmanente y Trinidad Económica. La Economía Divina son aquellas manifestaciones de Dios en la historia que siguen un plan y una disposición sabiamente ordenada y que van revelando quién es Dios en sí mismo. Ahora bien, este "despliegue" de obras a través de la historia, no se da sin mediaciones sensibles, pues "Dios encuentra al hombre al modo humano. Le sale al encuentro en signos de su común humanidad"⁹. Esta es la dimensión *sacramental* de la historia de salvación, que a través de mediaciones –signos, palabras, acciones, personas- Dios quiere llevarnos a comprender lo que no podemos ver de Él.

Indudablemente la mayor de todas las mediaciones es el Hijo de Dios: Jesucristo. En Él vemos lo que de Dios no podemos ver¹⁰, Jesús mismo es quien nos lo dice: "El que me ve a mí ve al Padre"¹¹. Ratzinger lo expresa bellamente diciendo que los sacramentos son la "transparencia de la acción salvadora de Jesucristo, que hacen brillar lo eterno en medio de lo temporal"¹². Es lo eterno en medio de lo temporal y a *modo* humano, con signos, palabras o acciones que el hombre puede comprender.

Siendo como se dijo el Verbo encarnado la mayor de las mediaciones, a partir de Él, se desprende otra "cadena" de mediaciones, a saber, la Iglesia y, en ella, los sacramentos y acciones litúrgicas. Pero antes de ahondar en ello, se expondrán las etapas por las que estas mediaciones atraviesan.

2.- ETAPAS DE LA ECONOMÍA DIVINA

En las manifestaciones de Dios a lo largo de la historia se puede reconocer claramente una pedagogía divina que comporta cierta gradualidad en la revelación. Tomando en su conjunto toda la historia de salvación la Tradición de la Iglesia ha señalado tres grandes tiempos o etapas:

⁸ Cfr. CCE 236

⁹ J. Ratzinger, *La fundamentación sacramental de la existencia humana. Obras Completas, Tomo XI Teología de la liturgia*, 144

¹⁰ Cfr. F.M. Arocena, *Teología litúrgica. Una introducción*, 30

¹¹ Jn 14, 9

¹² J. Ratzinger, *La fundamentación sacramental de la existencia humana. Obras Completas, Tomo XI Teología de la liturgia*, 145

1. *El tiempo de las promesas*
2. *La Plenitud de los tiempos*
3. *El tiempo de la Iglesia*¹³

A grandes rasgos, se entiende que el *tiempo de las promesas* comprende al tiempo de la preparación a la venida de Cristo en el marco de la Antigua Alianza, el tiempo del anuncio y la profecía. Los acontecimientos salvíficos de Dios apuntan hacia la plenitud de Cristo a modo de predicciones de una realidad todavía por venir¹⁴. En cuanto a revelación del Dios trinitario, esta etapa se denomina *tiempo del Padre*.

La *plenitud de los tiempos*¹⁵ se inaugura en la Anunciación a María con la encarnación del Verbo, cumpliéndose cabalmente las promesas y los preparativos del tiempo de la Antigua Alianza. Entre lo mucho que se podría decir de este momento clave de la historia, está el hecho de que Dios toma parte *personalmente* en el destino del hombre y "la salvación pasa a ser realidad cumplida en cuanto presencia de la vida divina en lo humano"¹⁶. Considerando la revelación trinitaria, este es el *tiempo del Hijo*.

3.- EL TIEMPO DE LA IGLESIA: UN TIEMPO NUEVO

Las acciones de Dios en la historia -según dice Arocena- son siempre las mismas: "crea, salva, recapitula, hace alianza, se hace presente..."¹⁷ pero lo que cambia es la *modalidad* con que actúa y que es diferente en cada una de las tres etapas. Es importante considerar esto a la hora de comprender esta tercera etapa.

El tiempo de la Iglesia se inaugura con la glorificación de Cristo y el envío del Espíritu Santo el día de Pentecostés y concluirá al final de los tiempos con la Parusía o segunda venida de Cristo. En cuanto a la revelación progresiva del misterio trinitario, este es el *tiempo del Espíritu Santo*, de ahí que esta etapa tome también su nombre.

El envío del Espíritu viene a consumir la obra de Cristo, su misterio pascual. Cristo constituido como "Señor" luego de su resurrección¹⁸ lo derrama a su Iglesia en la persona de sus discípulos. Es el

¹³ También llamado "los últimos tiempos" (cf. Hch 2, 17-21) o tiempo del Espíritu Santo.

¹⁴ F.M. Arocena, *Teología litúrgica. Una introducción*, 26

¹⁵ Cfr. Ga 4, 4

¹⁶ F.M. Arocena, *Teología litúrgica. Una introducción*, 27

¹⁷ F.M. Arocena, *Teología litúrgica. Una introducción*, 32

¹⁸ Cfr. Hch 2, 36; Sal 109

momento además en que el Espíritu es revelado como Persona divina, de ahí que sea también el momento en que la Santísima Trinidad se manifiesta plenamente, tras las sucesivas manifestaciones del Padre y del Hijo en las etapas anteriores de la historia¹⁹.

Desde ya se puede constatar que, en esta etapa, la acción de Cristo, del Espíritu Santo y de la Iglesia están totalmente unidas, pues la "misión conjunta" de la segunda y tercera Persona de la Trinidad se realiza *en la Iglesia*, y ella viene a ser Cuerpo de Cristo y Templo del Espíritu Santo²⁰.

El Reino de Dios que Cristo anunció e inauguró con su venida, si antes estaba circunscrito a un espacio y tiempo determinado, tras su resurrección y Ascensión al Padre, se abre para todos los pueblos y a todos los tiempos. Al enviar su Espíritu "hace entrar al mundo en los últimos tiempos, el tiempo de la Iglesia"²¹. Así, se da comienzo a "un tiempo nuevo en la 'dispensación del Misterio': el tiempo de la Iglesia, durante el cual Cristo manifiesta, hace presente y comunica su obra de salvación mediante la Liturgia de su Iglesia"²². La Iglesia viene a ser el "*Reino de Cristo presente ya en misterio*"²³ como una realidad heredada pero aun no consumada.

Arocena lo dirá de manera similar: "Esta etapa se caracteriza por un modo nuevo de comunicarse la salvación, que es mediante una economía simbólica"²⁴. La novedad entonces, parece ser una característica importante: "Durante este tiempo de la Iglesia, Cristo vive y actúa en su Iglesia y con ella ya de una *manera nueva*, la propia de este *tiempo nuevo*"²⁵.

3.1- EL MODO NUEVO: LA LITURGIA Y LOS SACRAMENTOS

Esta nueva modalidad, este "canal" por el que Dios comunica su salvación en esta etapa de la historia de la salvación, por el *que crea, salva, recapitula, hace alianza y se hace presente* -retomando la idea de Arocena-, viene a ser, como ya se ha dicho, la liturgia de la Iglesia. La razón de ser de tal designio no hay que buscarla sino en el mandato de Cristo y en la misión del Espíritu Santo en su Iglesia.

El Catecismo explica que en Pentecostés Cristo entrega y distribuye el Espíritu entre sus miembros con el fin de "alimentarlos, sanarlos, organizarlos en sus funciones mutuas, vivificarlos, enviarlos a dar

¹⁹ Cfr. CCE 732

²⁰ Cfr. CCE 737

²¹ CCE 732

²² CCE 1076

²³ CCE 763, Lumen Gentium 3

²⁴ F.M. Arocena, *Teología litúrgica. Una introducción*, 27

²⁵ CCE 1076

testimonio, asociarlos a su ofrenda al Padre y a su intercesión por el mundo entero²⁶. Con esta afirmación se pone delante una realidad fundamental, y es que Cristo no solo envía a sus discípulos a *anunciar* la salvación que Él vino a traer, sino que además les da el poder -y esto es lo más asombroso- de *realizar* la salvación que predicán en su nombre: "Sopló sobre ellos y les dijo: recibid el Espíritu Santo a quienes perdonéis los pecados les quedan perdonados y a quienes se los retengáis les quedan retenidos"²⁷. Este poder de perdonar los pecados, como lo demuestra otro pasaje del Evangelio se atribuía solo a Dios: "¿Quién puede perdonar pecados sino sólo Dios?"²⁸. Por ende, Jesús está haciendo de sus discípulos -por medio del Espíritu Santo- verdaderos administradores de su gracia y de su poder salvador. El evangelista Mateo narra que Jesús luego de enviar a bautizar a sus discípulos, les asegura "He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo"²⁹. Jesús asegura entonces su presencia en los sacramentos de la Iglesia, en sus celebraciones litúrgicas. Es *su* salvación la que comunica mediante la fuerza del Espíritu Santo, o, dicho de otra forma, la Iglesia pone en acto su sacramentalidad a través de la celebración de los sacramentos³⁰. Entiéndase aquí que con la palabra *sacramentos* se está designando toda la liturgia de la Iglesia: "Originariamente - dice Odo Casel- no indicaba solo los siete medios de gracia que obran *ex opere operato*; más bien para los antiguos todos los ritos litúrgicos, también los sacramentales, mejor dicho, toda la liturgia, son *sacramenta*, misterios"³¹.

3.2.- ECONOMÍA SACRAMENTAL

El Catecismo sintetizará la modalidad propia de comunicar la salvación en el tiempo de la Iglesia, con el nombre "Economía sacramental". Con estos términos quiere significar que Cristo manifiesta, hace presente y comunica su obra de salvación, los frutos del Misterio Pascual, en la celebración de la liturgia³². San León Magno lo expresa diciendo: "Todo lo que era visible en nuestro Redentor [en la plenitud de los tiempos] ha pasado a los sacramentos [en el tiempo de la Iglesia]"³³. Arocena va a

²⁶ CCE 739

²⁷ Jn 20,22

²⁸ Mc 2, 7

²⁹ Mt 28, 20

³⁰ Cfr. F.M. Arocena, *Teología litúrgica. Una introducción*, 27

³¹ O. Casel en *Nuevo Diccionario de Liturgia*, 1328. Para Casel el término sacramento no significa otra cosa que misterio. En su obra *Das Christliche Kultmysterium*, da esta breve definición del misterio del culto: "El misterio es una acción sagrada de carácter cultural, en la que un acto salvífico se hace presente bajo forma de rito; por el hecho de llevar a cabo este rito, la comunidad cultural toma parte en el acto salvífico y obtiene de este modo la salvación" (O. Casel en *Nuevo Diccionario de Liturgia*, 1330). En la antigüedad, todo era considerado sacramento, había una visión unitaria de la liturgia. Es en la Edad Media, cuando la liturgia comienza a estudiarse en la Universidad, el concepto de sacramento sufre una cierta reducción.

³² Cfr. CCE 1076

³³ San León Magno en CCE 1115

enfatar que no es solamente la gracia o los efectos morales de la redención lo que se hace presente en la liturgia, sino *todo el misterio de Cristo*, toda su obra redentora que tiene su culmen en el misterio pascual³⁴. Por eso la liturgia es *historia de la salvación en acto* o *momento-síntesis* de esa historia³⁵.

La Economía Sacramental a la que alude el Catecismo, tiene también como rasgo esencial un modo de ser simbólico, una "textura simbólica"³⁶. Esta "textura" es generada por un "entretelado" de *palabras y acciones* -que conforman ritos-, y que son precisamente "accesibles a nuestra humanidad actual"³⁷.

Los símbolos propios de la liturgia no solo remiten a una realidad invisible de orden superior, sino que sobretodo "realizan eficazmente la gracia que significan en virtud de la acción de Cristo y por el poder del Espíritu Santo"³⁸. De ahí que estos signos y símbolos (imposición de manos, unción con aceite, cantos, pan, vino, etc.) sean verdaderos "contactos vicarios"³⁹ con la carne gloriosa de Cristo, o como lo expresa el Catecismo, "fuerzas que brotan del Cuerpo de Cristo siempre vivo y vivificante"⁴⁰ y que contienen toda su potencia divina porque son "las obras maestras de Dios en la nueva y eterna Alianza"⁴¹.

RECAPITULACIÓN Y CONCLUSIÓN

Ya se ha visto como Dios se manifiesta en la historia y en el tiempo, con el fin de salvar al hombre y hacerlo partícipe de su vida divina, llevando a cabo un plan sabiamente ordenado y que considera mediaciones sensibles que tocan al hombre en su humanidad. Estas mediaciones vienen a ser símbolos que ponen en contacto con una realidad salvífica y que permiten entrever lo eterno en medio de lo temporal, lo divino en lo humano. Se trata de la dimensión sacramental de la historia de la salvación, donde Cristo, el Verbo hecho carne, viene a ser la mayor y la más perfecta de todas las mediaciones entre Dios y el hombre. Cristo, Sumo Pontífice, haciéndose hombre como nosotros, es el *sacramento* del Padre, imagen visible de Dios invisible. Y su misterio pascual es el "punto culminante y el

³⁴ Cfr. F.M. Arocena, *Teología litúrgica. Una introducción*, 48

³⁵ Cfr. F.M. Arocena, *Teología litúrgica. Una introducción*, 29

³⁶ Cfr. F.M. Arocena, *Teología litúrgica. Una introducción*, 98

³⁷ CCE 1084

³⁸ CCE 1084

³⁹ F.M. Arocena, *Teología litúrgica. Una introducción*, 27

⁴⁰ CCE 1116

⁴¹ CCE 1116

compendio sintético de toda la historia de salvación”⁴² y es además “el único acontecimiento de la historia que no pasa”⁴³.

Este acontecimiento que “no puede permanecer solamente en el pasado”⁴⁴, se prolonga en todos los tiempos: Cristo enviando al Espíritu Santo hace entrar a la historia en un tiempo nuevo, el tiempo de la Iglesia, otorgándole el poder de realizar -y no solo de anunciar- su obra de salvación por medio de los sacramentos y de las celebraciones litúrgicas de la Iglesia. A partir de este momento de la historia, “la salvación se experimenta a través de la liturgia, (...) de las acciones sacramentales que celebra la Iglesia”⁴⁵.

Así, la misión conjunta de Cristo y el Espíritu Santo se realiza en la Iglesia: “La misión de la Iglesia no se añade a la de Cristo y del Espíritu Santo, sino que es su sacramento: con todo su ser y en todos sus miembros ha sido enviada para anunciar y dar testimonio, para actualizar y extender el Misterio de la Comunión de la Santísima Trinidad”⁴⁶. Es claro constatar entonces que la Iglesia no solo realiza acciones sacramentales, sino que toda ella es como un sacramento en el sentido de ser *instrumento* de la redención de Cristo, “ella es asumida por Cristo como instrumento de redención universal, por su mediación Cristo realiza y manifiesta sus misterios salvíficos”⁴⁷.

Este es el fundamento de la liturgia, aquí encontramos su razón de ser, de aquí surge toda su fuerza, toda su profundidad y potencia salvadora. Con justa razón Odo Casel puede afirmar:

“La religiosidad del Nuevo Testamento, el servicio litúrgico de la Iglesia, no pueden subsistir sin el misterio del culto. Si concebimos la liturgia (...) en el sentido de una actuación y realización del misterio neotestamentario de Cristo en beneficio de toda la iglesia a través de los símbolos, para su santificación y transfiguración, entonces la liturgia misteriosa constituye la actividad central y esencial de la religión cristiana”⁴⁸.

Considerando el contexto y fundamento que sostiene las celebraciones litúrgicas, es ya posible dar un paso en la superación de una visión peyorativa de los ritos, los gestos y las celebraciones litúrgicas como realidades “mágicas”, pues de lo que se trata es finalmente de manifestaciones y acciones de Dios

⁴² F.M. Arocena, Teología litúrgica. Una introducción, 45

⁴³ CCE 1085

⁴⁴ CCE 1085

⁴⁵ F.M. Arocena, Teología litúrgica. Una introducción, 30

⁴⁶ CCE 738

⁴⁷ CCE 776

⁴⁸ O. Casel en *Nuevo Diccionario de Liturgia*, 1330

absolutamente encarnadas y supeditadas al modo de ser del hombre, a su naturaleza sensible. Acciones que responden a los designios de un plan salvífico sabiamente preparado y maravillosamente realizado en la persona de Jesucristo. Es la lógica de la encarnación que sabemos requiere de un elemento esencial: la fe. Sin ella no podemos trascender para ver a Dios en Jesucristo, ni a Jesucristo en su Iglesia; en sus ministros consagradas y en sus sacramentos. Ciertamente la humildad de las mediaciones produce escándalo, y la liturgia, por ende, también puede producirlo. De ahí que sea necesario no echar en olvido el progresivo actuar de Dios en la historia, que va revelando y comunicando su vida al hombre con cierta gradualidad y novedad según la etapa de la historia de salvación. No son pocos los motivos por lo que el salmista canta: “No olvidéis las acciones de Dios”⁴⁹. Quien intente comprender la liturgia al margen de esta historia, de esta economía de salvación, solo verá ritos y acciones meramente humanas desprovistas del trasfondo divino. Es probable que pueda considerarlas como dignas de respeto, pero no podrá trascender la humildad de sus apariencias.

El Dios que se hace pequeño, que busca al hombre desde su misma realidad corporal y sensible, -que se hace presente en el pan y el vino, que nos perdona a través de hombres pecadores, que nos hace sus hijos luego de ser sumergidos en el agua- siempre pedirá del hombre una mirada de fe, una mirada que sea capaz de renunciar a sus propias ideas de cómo Dios debiera manifestar su inefable grandeza y, por el contrario, pueda acoger el modo en que Él ha dispuesto revelarse y salvarnos. Aquel que pueda acoger sus misterios sin escandalizarse, ese hombre será dichoso, pues Cristo mismo dijo: “Dichoso el que no se escandaliza de mí”⁵⁰.

Hna. Gracia Quintana Viollier

Monasterio de la Asunción de Santa María

Noviembre 2018

BIBLIOGRAFÍA

Catecismo de la Iglesia Católica, Ediciones Obispado de San Bernardo, San Bernardo 2013

Concilio Ecuménico Vaticano II. Constituciones, Decretos y Declaraciones. BAC Madrid 2004

F. M. Arocena, *Teología litúrgica. Una introducción*, Palabra, Madrid 2017

⁴⁹ Sal 78,7

⁵⁰ Lc 7, 33

J. Barros, *Actualidad Doctrinal del Catecismo de la Iglesia Católica a 25 años de su publicación. Segunda parte: La Celebración del Misterio Cristiano*, Apuntes 2017.

J. Ratzinger, *Obras Completas, tomo XI, Teología de la liturgia*, BAC, Madrid 2012

Nuevo Diccionario de Liturgia. Ediciones Paulinas, Madrid 1987